

El papel de la UN en el estudio y configuración de las Ciencias Sociales.

Fernando Cubides C., sociólogo, Profesor Titular jubilado

Las ciencias sociales han estado presentes en la UN desde su fundación y, con altibajos e intermitencias, a lo largo de su trayectoria. Ya el hecho de que su primer Rector hubiese sido secretario de la Comisión Corográfica, y además etnógrafo y geógrafo por vocación resulta significativo. Y Ancizar mismo, al definir a la institución como “*un templo laico de saber*” indicaba esa tendencia. Las modalidades de organización de ese saber varían, dependiendo de estímulos externos, de los condicionantes y restricciones que han existido para la educación pública, y de las decisiones internas a medida que se aclimatan las disciplinas que hoy contiene la Facultad de Ciencias Humanas y se configuran como profesiones.

Y bien entrado el siglo XX al optar por la denominación Ciencias Humanas, se está subrayando que todas las disciplinas se integran no por agregación pues tienen como sustrato común una tradición humanista. El nombre cuenta, claro está y lo iremos comprobando en los momentos críticos y decisivos. Dicha tradición humanista en la que se ubicaban los pioneros, y a la que, por agregación, se iban adscribiendo las disciplinas particulares es la que explica la naturaleza de sus contribuciones. Se puede constatar por ejemplo en la importancia del debate de 1882 entre Camacho Roldán, liberal radical, y Rafael Núñez, liberal en tránsito a un conservatismo moderado y uno de los artífices de la Regeneración conservadora y de la Constitución de 1886 en la que se plasma. Debate sobre uno de los campos de ese saber, la sociología, y sus alcances. Y si miramos las piezas de ese debate, es muy significativo que entre ellos se perciba un cierto acuerdo, más allá de sus diferencias ideológicas y de partido.

Las primeras generaciones de científicos sociales estaban conformadas por aficionados, practicantes empíricos y cuya formación básica era el Derecho: en cuanto al contenido del conocimiento, y de la enseñanza que en esas materias se transmitía, se trataba por lo general de descripciones del territorio y del conjunto de sus pobladores, se va difundiendo así un interés por lo que se denominaba de manera genérica “la cuestión social”. Un ingeniero como Alejandro López se interesa por los problemas de la organización del trabajo, pero también por la distribución del recurso tierra y su uso racional, su libro Problemas colombianos

(1927) sigue siendo antológico, de referencia, para historiadores, economistas y científicos sociales.

Más adelante, ya en el siglo XX, si la “*Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales*” con su propia denominación comprensiva denotaba la intención de albergar la enseñanza de la Filosofía y en sus cátedras acogía también versiones preliminares de otras disciplinas. Será la introducción del marxismo en la enseñanza universitaria lo que propiciará disensiones, condicionamientos y críticas externas. El libro Sociología americana, de Diego Montaña Cuéllar, publicado por la Universidad Nacional en 1950 dará cuenta de tales disensiones así como del propósito de innovación. Y para esas fechas, aunque en algunos casos haya sido episódico, como el de Paul Rivet, en el balance de ese conjunto de disciplinas el aporte de los inmigrantes resulta decisivo (Paul Rivet, Juosas Zarankas, Ernesto Guhl, Vitautas Mankeliunas, Tomás Ducay).

En las generaciones sucesivas y en la medida en que se aclimatan las disciplinas y se conforman como saberes especializados, el análisis se refina y procura sopesar y entender la diversidad, regional pero también étnica, así como la paulatina diferenciación social y sus dimensiones negativas: la desigualdad, el conflicto y, en fin, la violencia y sus secuelas.

Las contribuciones de las Ciencias Sociales no han sido continuas, ha habido altas y bajas. Y dentro de las contribuciones hay que considerar, cómo no, las de sus egresados. Los momentos de alza se han caracterizado por la calidad de sus producciones, y han respondido de manera nítida a demandas externas, a un reconocimiento claro de la necesidad, de la validez y pertinencia del conocimiento que producen nuestras disciplinas. Y los mejores trabajos son muestra de independencia de los investigadores, inmunes al virus de la cooptación. Los textos que así se produjeron se han convertido en clásicos, y como tales siguen siendo leídos y estudiados.

Para referirnos tan solo a una obra emblemática: hace algo más de cincuenta años se vivió un gran momento, un momento clave: con la publicación del libro La Violencia en Colombia, (Universidad Nacional, Bogotá, 1962) el debate que suscita acerca del margen de objetividad posible, la paulatina recepción de la obra, y la demostración de los dividendos intelectuales que produce integración de disciplinas. De por sí fue un proyecto interdisciplinario. En su esfuerzo por establecer una causalidad de un fenómeno multiforme, de muy diversa intensidad según la región que seguía suscitando intensas diferencias y juicios de responsabilidades en la dirigencia política, acuciados para ofrecer un diagnóstico y una terapéutica (el uso de los términos, prestados a la medicina, no es inocente)

los autores provenientes de distintas disciplinas apelan a varias más. El listado de personas consultadas equivaldría a un directorio de los pioneros de las disciplinas y profesiones que hoy integran la Facultad. Y en las etapas sucesivas, hasta la actualidad, puede decirse, que quienes investigan sobre la cuestión, están emulando de manera consciente o inconsciente con ese clásico colombiano. Basta examinar las diversas contribuciones sobre las violencias, los actores armados, la mensurabilidad de la victimización, el restablecimiento de la dignidad de las víctimas que pasa por construir un estimativo fiable de la magnitud del problema, y las mediciones de pobreza y desigualdad. Como también en la eficacia comunicativa: hacer comprensibles los resultados, mayor eco que las paredes de las aulas, y, en los mejores productos un esmero especial en la factura y calidad de los textos.

Hay que revisar entonces a ese símil del todo inadecuado que se emplea de modo ocasional sobre la universidad pública: que sea una torre de marfil. Nuestra universidad no ha estado en ningún momento alejada de los problemas del país: para bien y para mal todos los problemas del país se expresan en su campus: incluyendo los presupuestales y de administración de sus recursos, humanos y materiales.